
Sección Bibliográfica

Alfredo Poviña: *La sociología como ciencia del hombre*. Separata de la *Revista de Economía y Estadística*, año IX, núms., 1-2-3-4, 1965. Universidad Nacional de Córdoba. Dirección General de Publicaciones. Córdoba (R. A.) [República Argentina], 1966, pp. 233-49.

En una publicación con la que la Universidad de Córdoba ha querido rendir homenaje al ilustre sociólogo Benjamín Cornejo, el doctor Alfredo Poviña plantea el problema del carácter propio de la sociología, y lo resuelve por la vía de un humanismo sociológico.

Conforme él indica, la naturaleza se desgarrar con la aparición del hombre, que pertenecía a ella como un ser biológico más y que, sin perder ese carácter, ha adquirido otras posibilidades de existencia a través de su actividad y de las creaciones de ella resultantes, las cuales son de tal importancia que precisa reconocer que cuanto hay en el mundo, si no es obra de la naturaleza, lo es del hombre.

De este modo, frente a dos objetos distintos por conocer, hay un solo sujeto capaz de conocerlos. El hombre puede conocer la naturaleza y puede conocerse a sí mismo. El conocimiento de sí es un amplio dominio en el cual cabe cuanto sabemos o podemos llegar a saber sobre el individuo, el grupo, su actividad, su historia: toda la ciencia sociológica, la social, la histórica.

A la sociología, en particular, se la tiene que considerar ciencia del hombre "porque la presencia de éste cuenta con

absoluta necesidad": hay que ir al hombre para llegar a la sociedad. Sin embargo, para una adecuada concepción del hombre hay que superar —según Poviña— la esquematización clásica que hacía del hombre un ser cerrado sobre sí y que planteaba un falso problema —caro a la lucubración del XIX y delatado por Gurvitch en el XX—: el de la supuesta oposición entre individuo y sociedad.

Poviña explora la idea de un hombre abierto: abierto por dentro y abierto hacia afuera. Esa concepción queda revalidada por las aportaciones de Freud, quien mostró cómo un material del que no tiene conciencia se vierte en el hombre y contribuye a su conformación práctica. Ese material, si bien procede de lo orgánico y aun de lo inorgánico primigenio (pues llevamos en nosotros polvo y ritmo estelares), también proviene de lo social y de lo cultural que nos rodea y de lo que no tenemos plena conciencia.

El psicoanálisis marcó la posibilidad de analizar la presencia de lo social como componente activo —pero inconsciente— de la estructura del ser, principalmente, a través del proceso de internalización de lo colectivo, tal como aparece en las teorías de Kardiner, Linton, Fromm y Riesman y que completa —diríamos— desde el lado sombreado de lo sociológico, los estudios sobre la apropiación activa pero consciente y voluntaria de lo social patente en las "tomas de conciencia" nacional, clasista, ampliamente humanista.

Kardiner, al fundar la teoría de la

personalidad de base —según evaluación de Dufrenne su divulgador— nos dio un medio de conceptuar la cultura como un todo, y no se redujo a poner un instrumento más en manos de la psicología diferencial. Linton, al afirmar que existe un tipo básico de personalidad en cada sociedad, reconoció que es eso lo que permite el entendimiento mutuo, la orientación común hacia valores compartidos; algo que posibilita respuestas más o menos unificadas, de individuos diversos, que van desde los buenos modales hasta las actitudes más generales que han permitido configurar una “psicología de los pueblos”.

Poviña considera las aportaciones de Fromm y de Riesman como exploraciones más precisas y técnicas de ese carácter social que da un molde a las energías individuales y que hace que la conducta no sea el resultado de decisiones conscientes sobre si se ha de seguir o no la norma social sino se convierta en un querer obrar como se debe, proporcionando placer al que así actúa y que con ello permite que siga funcionando la sociedad correspondiente.

Riesman ha hablado de un “modo de conformidad” que se complementa con un “modo de creatividad” de parecida importancia, y su análisis del carácter social asociado con las variantes demográficas le ha descubierto la existencia de un carácter tradicional en las sociedades de alto potencial demográfico; de un carácter de metas internalizadas y de individuos dirigidos desde adentro, en las de demografía transicional y de otro (que parece típico de la nueva clase media) en que los individuos están dirigidos por otros cuando la demografía declina.

Fromm, por su parte, parece haber realizado —en esto— una revolución copernicana, ya que no trata de adaptar al individuo a las necesidades de la sociedad sino la sociedad a las del individuo para evitar que la insatisfacción de sus necesidades le produzca o enfermedad o neurosis. Frente a esas necesidades de relación, de trascendencia, de arraigo, de identificación, de orientación, de devoción, las sociedades pueden o buscar su satisfacción, o dejarlas

insatisfechas, o impedir las —impulsando o frustrando el desarrollo humano. Por ello puede considerárselas en unos casos como sanas y en otros como enfermas (con una posible categoría intermedia de las estacionarias o estancadas que, si no frustran activamente, tampoco buscan satisfacer en forma activa esas necesidades).

Sin embargo, si todo eso ha contribuido a romper el esquema del hombre cerrado, ha sido sobre todo J. L. Moreno quien con sus concepciones de “átomo social” ha determinado la ruptura, pues el individuo no es, para él, el que constituye dicho átomo sino sólo su núcleo ya que el átomo social es la suma del individuo y el conjunto de sus relaciones sociales. “El hombre no es ya puro hombre porque está integrando una unidad con las relaciones sociales; pero, tampoco queda enajenado al grupo, porque se salva en su función de núcleo, en el átomo social.”

La apertura del hombre hacia afuera depende de otras teorías: las de la interacción de Sorokin, quien considera a la personalidad como el sujeto del proceso constitutivo de la sociedad, y la de Mead que considera: 1) la anterioridad histórica de la sociedad sobre la persona; 2) el desarrollo del individuo a partir de la matriz de relaciones sociales, y 3) la función esencial que tiene la adopción de papeles para formar la personalidad. En este último aspecto podríamos decir no sólo que el hombre deja de ser ente de una sola alma para ser resultado de la conjunción de ciertos papeles, sino que, en buena parte, de la conjunción armónica o inarmónica de dichos papeles sociales depende que sea una personalidad sana, creadora o una personalidad enferma, infecunda. La conjunción de papeles forma una personalidad como un ente activo y no un ser meramente pasivo, puesto que —a través de sus creaciones— como indica Sorokin —el hombre se muestra poseedor de un alma trascendental.

La contribución decisiva quizás sea la de Freyer, quien rechaza aquellas concepciones que hacen de las formas sociales algo absoluto, desprendido del hombre, ya que si bien son formas, son

formas cuya materia es la vida humana y cuya naturaleza es histórica, de modo que "no constituyen nunca formas válidas en un mundo propio, sino realidades concretas en el tiempo". El hombre es el material vivo que constituye lo social; en el fondo de esto lo encontramos siempre, pues ello "brota de su vida como las fuentes de la masa líquida". Esto hace de la sociología no una ciencia del espíritu objetivo sino una ciencia de la realidad (o, quizás mejor, de la conducta) humana.

Para Poviña, "la sociología testimonia que el hombre no ha muerto, y demuestra que 'el hombre sólo entre los hombres puede llegar a vivir lo humano'".

Un trabajo breve, pero sustancioso y esclarecedor que deben conocer los estudiantes que se inician en la disciplina, para desterrar, desde el principio, muchos errores, y sobre el que deberían reflexionar los estudiosos de la sociología que no quieran exponerse a elaborar una ciencia de fantasmas, de la que el hombre de carne y hueso, unamuniano, se encuentre ausente.

Oscar Uribe Villegas

Abdel Malek, Agblemagnon et al., sous la présidence de G. Balandier: *Nations Nouvelles*. VIe Congrès Mondial de Sociologie. Evian 4-11 septembre, 1966.

En el grupo consagrado al estudio de las llamadas "naciones nuevas", del Sexto Congreso Mundial de Sociología, se presentaron comunicaciones referentes a sus tipos, a la especificidad de las "naciones duales", al rejuego que en muchas se da entre tradición y modernidad, al choque entre la cultura europea y la local, a la descolonización en general, a la que se está produciendo en África transahariana, a la soberanía nacional, a los dilemas que, en cuanto a su organización se plantean a los nuevos Estados, a la consolidación nacional en el sureste asiático, a las relaciones internacionales dentro de la Unión Soviética, a las consecuencias nacionales del bilingüismo, a la dinámica de la construcción nacional en Túnez.

Dentro de este grupo de trabajo, Abdel Malek señala, en su trabajo, que la renovación social del mundo y el planteamiento sociológico de la misma son inaccesibles si no se reconoce que ciertas denominaciones, como la de "naciones nuevas", en vez de descubrir encubren la realidad, ya que los países designados por ellas son de gran heterogeneidad. Que el problema no es meramente académico sino político es algo que resulta claro si se considera que cualquier intento de mejoramiento tendrá que frustrarse si se procede sobre el supuesto de que, para fines desenvolvimentistas, son iguales las que sociológicamente son realidades diferentes.

Fuera del ámbito desnudamente político, e independientemente de que estas naciones puedan sentirse conglomeradas bajo la denominación común de "Tercer Mundo", desde el ángulo científico, es necesaria más que una clasificación, una tipificación de las mismas. Abdel-Malek intenta dicha tipificación, y establece diferencias entre:

1. Estados nuevos de vocación nacional (como Bechalandia, Basutolandia, Chad, República Centroafricana).
2. Nuevos Estados nacionales de vocación unitaria (como Ghana, Mali, Senegal, Camerún, Birmania, Malasia, y como los de los turkmenos, los kirguises y los armenios).
3. Naciones y Estados nacionales de origen europeo, superpuestos a un Fondo Extraño (como los de la América Andina).
4. Naciones renacientes (como China, Egipto, Irán, Turquía, Marruecos, Etiopía, México, Vietnam), que son de las naciones más viejas del mundo.

En relación con esta tipología, a Abdel Malek le parece que es importante estudiar las diferencias de impacto del pasado histórico sobre la realidad social y sobre las potencialidades de desarrollo de cada uno de estos países; que hay que determinar, también, cuál es la relación que existe entre cada uno de esos tipos de "nación nueva" y ciertas